

El Espíritu no está a la venta: Alumnos (5/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 8
Lecciones Cristianas
4 de octubre de 2015

Semillas de crecimiento: El Espíritu no está a la venta (alumnos)

5 de 13

Texto impreso: Hechos 8:9-24

Propósito de la lección

En la lección anterior vimos el peligro de que nos acomodemos demasiado, de que perdamos el sentido de que, como creyentes en Jesucristo en marcha hacia el Reino, somos peregrinos y peregrinas. En esta lección veremos un ejemplo concreto de cómo es que esto sucede: Simón Mago, persona prestigiosa en la sociedad samaritana, piensa que ese prestigio, y el dinero que resulta de él, le pueden ganar un lugar especial en la comunidad de fe. Como veremos, aunque el caso de Simón es extremo, en el día de hoy frecuentemente aparecen tentaciones semejantes aunque más sutiles. Esas tentaciones, precisamente por ser más sutiles, son también más peligrosas.

Examen de la Escritura

El texto que estudiamos hoy es la bien conocida historia de Simón Mago. A través de los siglos, se le han ido añadiendo elementos a esta historia, cada vez echándole más cargas a Simón. Ya en el siglo segundo, cuando empezaron a aparecer una serie de doctrinas extrañas que pronto se conocieron como herejías, se culpó a Simón de ser el padre de casi todas ellas. Ciertamente, Simón pudo haber sido el maestro de algunos de entre quienes enseñaban doctrinas falsas, ¡pero no de todos ellos! Poco después surgió todo un cuerpo de literatura en el que se hablaba

de la maldad, los errores y las malas prácticas de Simón, haciendo de él el villano contra el cual Pedro tenía que luchar constantemente, cada uno de ellos tratando de hacer milagros más sorprendentes que el otro. En la Edad Media, cuando surgió la costumbre de comprar y vender cargos eclesiásticos, se le dio a esa costumbre el nombre de “simonía”, en honor (o más bien, deshonor) de Simón, quien había querido comprar el poder de impartir el Espíritu Santo. Y en el siglo veinte, aparentemente inspirada por aquellas antiguas leyendas acerca de Simón, apareció una película en la cual Simón Mago era el gran contrincante de Simón Pedro, e iba de lugar en lugar tratando de descarriar a las gentes.

En el texto bíblico hay bien poco apoyo para todo eso. Por tanto, es bueno examinarlo de nuevo para volver a la historia original, tal como la cuenta Lucas.

El episodio tiene lugar en torno al ministerio de Felipe, uno de los siete elegidos en el capítulo 6. Hechos le dedica casi todo el capítulo 8 a la obra de Felipe, que incluye también la conversión del eunuco etíope. Al principio de este capítulo 8, Hechos nos dice que después de la muerte de Esteban se desató una gran persecución contra los cristianos en Jerusalén, y que Saulo era uno de sus líderes. Huyendo de la persecución, los creyentes “fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria” (Hch. 8:1). Aparentemente huyendo de la persecución, Felipe llegó a la ciudad de Samaria, donde tuvo lugar el episodio que estudiamos hoy.

Simón era un mago en la ciudad de Samaria, donde era muy prestigioso — tanto, que le

llamaban “el gran poder de Dios”. Al escuchar la predicación de Felipe, Simón la creyó, y se bautizó junto a otras muchas personas. Y no solo esto, sino que seguía a Felipe por todas partes, sorprendido ante los milagros que veía.

Al enterarse de lo que estaba sucediendo en Samaria, los líderes de Jerusalén enviaron a Pedro y a Juan, quienes al ver que las personas convertidas “solamente habían sido bautizadas en el nombre de Jesús” les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo. (Aunque de inmediato podemos pensar que esto quiere decir que recibían dones extraordinarios, o que hablaban en lenguas, o que hacían maravillas, lo cierto es que Hechos no nos dice cómo se manifestaba el don del Espíritu Santo en este caso.)

Al ver esto, Simón les ofreció dinero a cambio del poder que los apóstoles tenían. Pero Pedro le contestó con palabras fuertes, diciéndole “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero.” Junto a esas palabras fuertes que le dijo, Pedro también le llamó al arrepentimiento. Y Simón respondió arrepintiéndose, y pidiéndoles a Pedro y los demás que rogaran por él.

Aplicación de la lección

Frecuentemente escuchamos decir que Simón Mago era un hipócrita. Eso no es cierto. El texto bíblico no nos dice una palabra acerca de su hipocresía. Lo que sí nos dice es que Simón era un hombre muy poderoso y prestigioso. Y nos dice que Simón creyó y fue bautizado, y que su celo

y su interés eran tales que seguía a Felipe de un lugar a otro. Y más adelante, cuando Pedro le reprende, Simón se arrepiente, de modo que buena parte de lo que se dice acerca de su vida después de ese momento no parece ser cierto.

El problema de Simón Mago no está en su hipocresía, sino en estar acostumbrado a tener prestigio y poder, a presentarse ante las multitudes como persona importante y digna de un respeto particular. Cuando ve el poder que los apóstoles parecen tener, él también lo quiere, no para añadirlo a su colección de prácticas mágicas, sino para ser él también tan importante como los apóstoles. Lo que Simón pretende hacer es cambiar dinero, el resultado de su prestigio y poder en la sociedad samaritana, por un poder semejante en esta nueva sociedad que es la iglesia.

Es por esto que Pedro le reprende. No por ser hipócrita, de lo cual no se dice una palabra, sino por querer comprar un lugar especial en la iglesia. Y la razón por la que esto es un pecado tan grande que Pedro le reprende con fiereza es que desvirtúa completamente el carácter de la iglesia. La iglesia debe ser una nueva comunidad, una comunidad que no vive según los valores del mundo, sino según los del Reino de Dios. ¡Y ahora Simón quiere usar el dinero que ha obtenido gracias a su poder y su prestigio en Samaria para tener un poder y un prestigio semejantes en la iglesia!

El otro Simón en la historia, Simón Pedro, tiene una experiencia bien diferente. ¡De pescador en

el Mar de Galilea ha venido a ser apóstol del Rey de Reyes y Señor de Señores! El poder que tiene no le viene de algo que él haya hecho, ni de algo que él haya comprado, sino que le viene de Dios. Es un don de Dios, sorprendente e inmerecido. ¡No, Simón Mago! ¡No! ¡Tu dinero perezca contigo!

¿Qué tendrá que ver esto con nosotros y nosotras hoy? Hoy no se nos ocurre querer comprar el don del Espíritu con dinero. Luego, el episodio que estudiamos bien pudiera parecernos cuestión de curiosidad, de tal modo que digamos, “pobrecito Simón, ¡no entendía!” y sigamos adelante como si con nosotros no fuera.

Pero no. Si bien hoy no se nos ocurre querer comprar el Espíritu abiertamente, sí se nos ocurre —y con mucha frecuencia— que el orden de la iglesia debería reflejar el orden de la sociedad. Si allá fuera tengo un prestigio especial, también acá dentro debería tenerlo. Si viene a la iglesia una persona prestigiosa, nos hacemos la idea de que merece atención especial. “Pase, Señor licenciado. Siéntese acá, Señora alcaldesa. Usted nos honra con su visita, Señor senador”.

En todo esto, estamos olvidando que el centro de la fe cristiana, el rey y soberano de la iglesia y del mundo, es uno que nació en un pobre pesebre, que no tuvo dónde recostar la cabeza, en quien no había “parecer ni hermosura”, quien fue rechazado, escarnecido y crucificado. Pero esta a quien los edificadores rechazaron ha venido a ser piedra principal del ángulo. Y olvidamos lo que vimos la semana pasada: a Abraham, anciano y sin hijos hecho padre de multitudes, a

José esclavo hecho gobernador de Egipto, a Moisés fugitivo hecho libertador de Israel.

La tentación de Simón se cierne sobre cada uno de nosotros, y por tanto lo que nos cabe es, como Simón, arrepentirnos, reconocer que ante Dios no somos nada, y pedirle a la iglesia, como Simón: “Rogad vosotros por mí”.

Oración

Tú sabes Señor, cuánto nos gusta tener poder y prestigio, y cuán tentados estamos de hacer de tu iglesia reflejo del orden del mundo. Acepta y aumenta nuestro arrepentimiento. Ayúdanos a vivir en tu iglesia como quienes sabemos que lo que somos y lo que tenemos no es obra nuestra, sino don tuyo inmerecido. Por Jesús, el más inmerecido de todos tus dones. Amén.

